

El hombre que nadie podía comprar: Guido Fioravanti

(José Schulman)

El seis de setiembre, una columna militar se desplazó desde Campo de Mayo hasta la Casa Rosada, casi en un paseo primaveral.

El gobierno de Irigoyen cayó casi sin resistencias populares, anticipando la suerte de diversos gobiernos electos por el voto popular, que afectaron algunos intereses del Poder Real pero que no construyeron fuerza política para sostener los pasos dados, e ir más lejos.

Comenzaba la “década infame” donde los militares se probarían en el gobierno y la Corte Suprema de Justicia inventaría el principio de la “continuidad jurídica” para hacer legal lo que surgía de un golpe de mano, de un acto ilegal por definición.

Es en esos años que los comunistas, separados del viejo Partido Socialista (1896) el seis de enero de 1918, darán un salto de gigantes en su inserción social forjando la mayor red de organizaciones revolucionarias al interior de las grandes empresas que antes hubo y nunca volvería a haber^[1], según la investigación del historiador Hernán Camarero.

Según él, desde fines del siglo XIX y hasta la llegada del peronismo al poder, el movimiento obrero argentino fue protagonista de luchas trascendentales. En aquellos años, este sector se retroalimentó de diversas corrientes políticas que moldearon su ideología e influyeron en su grado de radicalización. Dentro de ese bagaje de ideas que aportaron el anarquismo, el socialismo y el sindicalismo, están también las que animó el comunismo en la primera mitad del siglo XX. Teniendo presente tal contexto histórico, el historiador Hernán Camarero se propone responder básicamente dos preguntas: ¿cuándo y por qué el Partido Comunista de la Argentina se convirtió en una corriente con peso en el movimiento obrero local? ¿Cómo logró esa inserción?

Camarero estudió el PCA entre 1920 y 1935 y su inserción en la clase obrera, particularmente en el naciente proletariado industrial. El eje de su investigación se coloca en el denominado *mundo del trabajo* y, en este caso, busca analizar por un lado, la influencia comunista en las luchas obreras por mejoras materiales y en la construcción de herramientas sindicales y, por otro lado, el rol del PCA en la denominada *cultura obrera*, es decir, aquellas construcciones que si bien parten de lo político, apuntan a la instrucción, la recreación y la sociabilidad de los trabajadores.

Camarero expone dos hipótesis relacionadas entre sí. En primer lugar, afirma que la inserción del PCA en la clase obrera argentina durante el período de entreguerras fue genuina y que la influencia obtenida fue relativamente inmune a los vaivenes del partido siguiendo los cambios ideológicos del comunismo a nivel internacional (la táctica del *frente único*, la estrategia de *clase contra clase*, la adopción del *frente popular*). Esto se debería a que no fue la estrategia política emanada desde la Internacional Comunista lo que posibilitó su inserción en la clase obrera, sino más bien el tipo de práctica y de intervención militante que le permitió, además, sobrevivir tanto a la represión externa como a las crisis y rupturas internas.

Un tipo de práctica que privilegiaba la **defensa incondicional de los derechos e intereses de los trabajadores y el contacto directo de los militantes comunistas con los trabajadores** no solo en el lugar de trabajo, también en el lugar de vivienda y en los centros de cultura y deporte que dan origen a una verdadera sub cultura comunista en la cultura obrera en proceso de gestación (que el peronismo interceptaría y cambiaría de dirección)

En segundo lugar, Camarero afirma que existía en la Capital Federal y en el Gran Buenos Aires un contexto propicio para la aceptación de las ideas comunistas debido al crecimiento numérico de los trabajadores industriales, a una fuerte presencia inmigratoria y a una precarización laboral tal que hacía de este sector social un terreno fértil para la concientización y organización.

Atendiendo a los dos aspectos del mundo del trabajo que analiza el autor (la lucha sindical y la cultura obrera) la atención debe dirigirse hacia dos direcciones: la empresa y la vida social de los trabajadores. Para Camarero la inserción del PCA en el proletariado industrial y la táctica organizativa utilizada para ello, con la llamada *estructura celular* y los periódicos editados para ámbitos fabriles es la más eficaz de las que confrontan en la época. Describe aquellos sindicatos fundados o impulsados por el PCA y otros ámbitos gremiales en los que el comunismo debió disputar con otras corrientes ideológicas. Una virtud de la investigación es la reconstrucción de conflictos en que tuvo peso el PCA hasta ahora escasamente tratados: conflicto petrolero de Comodoro Rivadavia (1932), las huelgas de la carne con la figura del dirigente comunista Peter o las victoriosas luchas de la construcción (1935/1936). La experiencia de una central sindical propia, la CUSC (Comité de Unidad Sindical Clasista) en disputa con la naciente CGT también tiene un lugar preponderante en el relato. Camarero analiza la inserción del PCA a nivel de la *cultura obrera*. Resulta atractivo el relato sobre cómo el comunismo impulsaba diversas actividades para la instrucción y el tiempo libre del obrero. En este sentido, se analizan aquellos emprendimientos culturales como las bibliotecas obreras o los intentos de formar escuelas propias, la política pensada hacia los niños o el rol de los intelectuales y artistas de la organización generando así, según el autor, una subcultura propia dentro de la cultura obrera en general. Paralelamente, se describe una política partidaria que buscaba insertarse (mediante las *secciones* idiomáticas o las publicaciones en otras lenguas) en aquel sector obrero proveniente de la inmigración, acorde a una visión cosmopolita de la organización.

Guido Fioravanti simboliza de un modo contundente esa etapa comunista. Su ascenso a dirigente de los obreros de la construcción hasta llegar a la gran huelga de 1936, y su detención y expulsión del país en virtud de la Ley 4144.

Todo el drama del comunismo argentino previo a Perón se puede entender en Fioravanti, y también el heroísmo. Confinado a las cárceles fascistas de Mussolini (en la isla de Lipari), apenas liberado por el avance de las tropas aliadas, se incorpora a la guerrilla comunista y luego de la guerra será electo cinco veces seguidas Alcalde de Udine. En 1932 ya había sido expulsado, pero cuando estaba en alta mar a bordo del “Chaco”, un decreto de indulto lo salvó del destierro y lo volvió a Buenos Aires para seguir luchando y organizar la gran huelga de 1936[2].

Pero en su segundo intento, la dictadura tuvo éxito y el sindicato fue descabezado.

Es bueno recordarlo, la historia del ascenso del peronismo a la conducción de la clase obrera no se alimenta solo de aciertos y políticas distributivas; tampoco solo de errores y confusiones comunistas sobre la relación entre la formación del frente antifascista a nivel mundial y la defensa de los trabajadores; también está llena de crímenes y expulsiones como la que sufrió Guido Fioravanti del cual Andres Rivera escribió –al menos- cuatro relatos que comparto convencido que solo la ficción puede contar la verdad, y mejor que los documentos verdaderos

“Con documentos verdaderos

se escribe la historia falsa

solo la ficción puede contar la verdad”

Roa Bastos

“Vigilia del almirante”

El hombre que nadie pudo comprar....cuatro relatos de Andres Rivera sobre Guido Fioravanti

Vivíamos, mis padres y yo, en una de esas viejas casas de Buenos Aires, que Buenos Aires conservó, allá, a fines de la década del 30, y del siglo XX. Vivíamos, probablemente, en el corazón de Villa Crespo: Tres Arroyos y Warnes. (Digresión: demoré mucho en saber que Warnes fue mucho más que un mero nombre de una mera calle. Demoré años y años en saber que los Warnes fueron cuerpos e inteligencias e intrepidez en las luchas por la emancipación latinoamericana). Vivíamos en una casa de inquilinato: pieza, cocina y baño compartido. Alguien llegaba, a fin de mes, hasta ese patio con parra y galería alta, a cobrar los alquileres. Los habitantes de ese inquilinato eran trabajadores de la madera (carpinteros, lustradores de muebles); metalúrgicos (hacedores de elásticos, cabeceras y pies de camas); obreros del vestido, como mi padre, que integraba, por aquellos remotos días, lo que él llamaba, con un dejo de orgullo, taller organizado. Mi padre era, por aquellos remotos días,

secretario de la FOV (Federación Obrera del Vestido), y trabajaba, desde que llegó a este país desde la Polonia antisemita de los príncipes y coroneles, en talleres organizados. Quiero decir: trabajadores que se afiliaban voluntariamente al Sindicato; que elegían, sin presiones y tras arduos debates, en la sede del Sindicato, a su delegado; y que pagaban, voluntariamente, un peso o dos de cotización mensual. (Digresión: con una buena porción de lo recaudado, se pagaba al empleado del Sindicato, un todo terreno, lejos, por convicción y tarea, de la formalidad burocrática). Dije, entonces, que en esa pieza de inquilinato, había una hermosa mesa cuadrada (regalo de un tío materno), y seis sillas, y la cama matrimonial, y la mía, de chico de diez años, y algún ropero, en cuyos espejos yo era, a veces, Sandokán y, a veces, Tremal-Naik. Mis lecturas del *Tit-Bits* y *El Tony* eran atentas, profusas y voraces.

Alrededor de esa mesa se sentaban los responsables sindicales del Partido Comunista argentino, el más incondicionalmente estalinista de América del Sur. Entre ellos estaban Guido Fioravanti, secretario general de la FONC (Federación Nacional de Obreros de la Construcción), y mi padre. Guido Fioravanti era bajo y flaco. Músculo puro. Una cara pequeña, de piel, huesos y una barba rubia de dos días. Ojos verdes y furiosos. Manos encaladas. Guido Fioravanti bajaba del andamio para asistir a esas reuniones, para atender, hasta las primeras horas de la madrugada, sus tareas gremiales. Y yo, un chico de diez años o algo así, asistía, mudo, a esas citas vehementes, y después, cuando ingresaron a mi recuerdo, épicas. Mi madre, silenciosa, repartía sándwiches de milanesa y vasos de vino. Aquellos hombres duros y sanos siempre tenían hambre.

Mi padre me contó, antes de enmudecer, antes de decidir que no tenía nada que decirle al mundo, que Guido Fioravanti había nacido en un poblado de Italia llamado San Giorgio. Y que Guido Fioravanti no tenía mujer o amante conocida. Que Guido Fioravanti dormía en una pieza de soltero, con piso de baldosas. Que Guido Fioravanti era un orador fogoso y un organizador nato. Y que la policía estuvo rastreándolo, noche y día, día y noche, durante la huelga de los trabajadores de la construcción, allá por 1936 o 1937, que sacudió a Buenos Aires como ningún otro episodio social o político que se recuerde.

Mi padre me contó, antes de callar, antes de que en sus ojos se instalase una súplica indescifrable, que a Guido Fioravanti y a otros militantes obreros se les aplicó la ley de residencia 4144, y fueron despachados a la Italia fascista de Benito Mussolini. (Digresión: los embarcaron con lo puesto. No, no eran dueños de casas ni departamentos. No, no eran dueños de autos. No, no tenían custodios pagos. No, no vestían ropas valuadas en miles de dólares. No transaban. No había coima que los comprase. No eran gordos).

A fines de 1964, recibí una tarjeta con una orla negra, que aún conservo, y que se reproduce en *Guido*. Y en ella se lee:

E deceduto a Napoli il 24 luglio 1964 alle ore 12,30, dopo il consapevole martirio di malattia inesorabile che ne colpì il corpo ma non ne piegò l'animo
GUIDO FIORAVANTI di anni 63 che con vero disinteresse e assoluta dedizione lottò per realizzare nel mondo la libertà e la giustizia sociale affrontando fin dalla prima giovinezza esilio carcere persecuzione.

La tarjeta contiene unas líneas más. La última es ésta: “Porto San Giorgio, 25 luglio 1964”.

Amarillentos recortes periodísticos, fotos, tarjetas, la lenta, bella reelaboración de la memoria. Y una escritura que nos alcanza a dar la estatura de esos hombres y de esos hechos que, tal vez, vuelvan a ser presente. .

Semblanza de Guido Fioravanti en “Los que no mueren” de Andres Rivera, 1959

-Querés decir que lo abandonamos?

-Si, porque era muy poco lo que podían hacer por él. Ustedes lo dejaron solo a Demetrio porque era muy poco lo que podían hacer por él.

Me muevo dentro del ángulo de luz blanda que dibuja la ventana de la cocina. No es la primera vez que escucho esas palabras. Hace muchos años, veinte probablemente, mi madre las pronunció, esas u otras, pero que significaban lo mismo. Se las dijo a mi padre, inmovilizado en un sillón de ruedas. “No vienen más tus amigos; no se acuerdan más de vos. Te dejaron solo”. Mi padre armó lentamente un cigarrillo sin que le temblaran las manos, sin desperdiciar una hebra de tabaco, y lo encendió. Su rostro sin sangre sonreía. “Están muy ocupados, mujer. Tienen que cambiar el mundo”. Mi madre dejo de coser: “No me digas: ¿Con qué...cambiar el mundo?. ¡Pero a vos que te parta un rayo!”.

A mi padre lo trajeron con las piernas rotas, una tarde de octubre, las casas bajas del barrio y el baldío envueltos en un frío y cristalino perfume, negros contra el crepúsculo. Varios hombres lo bajaron de un mateo, en brazos y él estaba blanco como la leche. Mi madre salió a su encuentro –y si nos sostuvimos sin sucumbir a la miseria fue porque ella no se atemorizó- y lo acarició con una serenidad y una dulzura contenidas, y yo sé que mi padre , en su dolor, se sintió aliviado.

Los hombres lo dejaron en su lecho y él presentó a mi madre a uno de ellos. “Mujer, este es Guido Fioravanti, secretario del sindicato”. Y el hombre que se llamaba Guido Fioravanti dijo “ Pedro, señora, se cayó del andamio...Usted sabe como es el oficio”. Mi madre había estado esperando esto toda su vida. “Si que lo sé”.

El hombre que se llamaba Guido Fioravanti se dirigió a mi padre: “Toma, viejo, para los primeros tiempos” y dejó en la mesa un puñado de arrugados billetes. “Adiós viejo. Adiós, señora, mayor gusto. Pronto nos va a tener por aquí. Vamos muchachos”

Y el hombre que se llamaba Guido Fioravanti se fue. “Ese es Guido Fioravanti, mujer, y nunca conocí a nadie igual”. Y yo, jamás escuché en labios de mi padre, una alabanza semejante. Mi madre se empleó de costurera y yo me dormí, muchas noches, arrullado por el pedaleo de la maquina de coser y las narraciones de mi padre, que me describía países extraños, montañas, expediciones y selvas de fabula mientras armaba pausadamente sus cigarrillos y pausadamente los fumaba, gozando de sus fantasías, observando sus manos encaladas, sin temblores, trabajando con el librillo de papel y el tabaco, escuchando a mi madre: “No se acuerdan más de vos. Te dejaron solo. No han vuelto tus amigos”

Mi padre no se inmutaba: “No mujer. Lo que ocurre es que están haciendo cosas, arreglando el mundo”.

Guido Fioravanti volvió. Volvió una tarde de sábado con una botella de Chianti y una bolsa de tabaco para mi padre y cincuenta pesos para nosotros. Abandonó, largo tiempo, sus manos de dedos cortos entre las de mi padre, como si no tuviera otra cosa que hacer en el mundo, y los dos hombres se miraron a los ojos, y carraspearon, y la cara flaca y el corte audaz de la mandíbula de Fioravanti temblaron, y yo puedo afirmar que nunca supe de un hombre tan duro como ése. Estaba allí, estrechando los hombros de mi padre con sus brazos nudosos, y su cuerpo diminuto e inquebrantable hervía. Y hasta mi madre, desengañada de todo, convino que Fioravanti no era igual a los demás.

Los hombres hablaron mucho y bebieron el Chianti y comieron las empanadas que frió mi madre y que Fioravanti elogió en términos que a ella le provocaron una corta sonrisa, acontecimiento que se acercaba a lo milagroso.

Los vecinos cruzaron el largo patio y saludaron: “Qué tal Guido?” y se dijeron entre si: “Es Fioravanti, el secretario de los albañiles, el de la huelga de los noventa días”. Y el respondió a los saludos y preguntó por la familia de cada uno y se sirvió uvas que ellos le ofrecieron y el humo de los Avanti inundó el caserón.

Mi padre era feliz escuchando la voz metálica de Fioravanti, viéndolo apurar los vasos de Chianti, rodeado de hombres que lo comprendían, que tenían noción de lo que era un andamio, un encofrado, una mezcladora y que se aguantaron tres meses sin doblar la frente ante los patrones.

Yo estaba entre ellos aspirando el perfume de los jazmines, de ropa tendida, de las empanadas dorándose al fuego, del vino en los vasos. Uno de los hombres gritó: “Vamos a cambiar el mundo , eh Guido” “Claro que lo vamos a cambiar “afirmó Guido. “Pronto, muy pronto”. Los hombres aprobaron eso, levantaron las copas, se golpearon amistosamente las espaldas.

Y por fin Fioravanti se despidió “Chau viejo, hasta pronto”. Y no dijo más y fue bastante para mi padre. Rato después, señalando hacia la puerta de calle, mi padre exclamó: “Ese es Guido Fioravanti, un hombre como no conocí otro”

Mi madre limpió la mesa, los vasos, los platos, acomodó las sillas, barrió el patio y comentó: “Si, es un buen hombre”.

Fioravanti no regresó. Guido Fioravanti fue expulsado del país, lo enviaron a una prisión de Mussolini. De eso informaba el diario que sostenía entre sus manos mi padre y que se le deslizó entre los dedos hasta caer al suelo.

Yo crecí, entré a la fabrica, y mi padre se quedó sin sus amigos –pocos- que como Fioravanti estaban arreglando el mundo. Pero mi madre no repitió jamás aquellas palabras

“Te dejaron solo”. Mi padre esperó la muerte como la esperan los hombres de una pieza: sin quejas, sin estridencias —o lo que es lo mismo— con una resignación altiva y casi inverosímil

y dos relatos más de Para ellos, el paraíso, de Andrés Rivera, 2002

QUÉ PRECIO TIENE UN NOMBRE?

Estoy, aquí, en un camarote o calabozo, de dos por dos y medio, tirado en una roñosa cucheta, vestido, el cigarrillo en la mano, roja la brasa del cigarrillo, y sobre mí, encendida, una lámpara que *ellos* rodearon con tiras de metal. Idiotas: creen que trasladan a suicidas.

Sé quién soy.

Soy un tipo que llegó, joven, y tan tierno que, ahora, hoy, no me reconozco en esa estampa de víctima de algún estrago arrasador de la Naturaleza que pisa las maderas y piedras del puerto de Buenos Aires.

Nací en un país que tiene montañas, poca tierra, ríos y mares, iglesias muchas, y curas muchos, y campesinos a los que les gusta el vino: lo toman hasta que no pueden más; hasta que despiertan, en la madrugada, con la boca seca, y no saben sobre qué mesa han caído sus caras, y, entonces putean, los labios apretados en la madrugada fría.

Les dijeron a los cultivadores de uva, a los pastores y pescadores de mi país, a los guardabosques, a los operarios de Fiat, que no habían perdido la guerra. Eso le dijeron a mi hermano mayor, muy mayor, cuando volvió a casa.

Le dijeron que era un guerrero victorioso. Eso le dijeron. Pero cuando abrió la puerta de casa, todo seguía en su lugar. Y mi hermano mayor, muy mayor, evocó esos minutos que, él y otros, vivieron en la estación de tren, cuando escuchaban *hasta pronto adiós*. Nada cambió: ni chicos ni árboles, ni hermanas, ni madre y perros y noches. *Hasta pronto adiós*. No habían cambiado los asombros y certezas en albergues de luces rosadas y tibias, y mujeres de ubres blancas y, tal vez, perfumadas, que murmuraban palabras indolentes, lánguidas, y, también, necesarias.

Nada había cambiado: los patrones eran los patrones. Más viejos, quizá. O más maduros, quizá. O en camino a eso. Patrones, siempre.

¿Con qué llegué a Buenos Aires?

Llegué con mi esqueleto, con poca carne en el esqueleto, y escuché, y no me extrañó, un idioma que no era el mío, y que era veloz, sonoro, acentuado, y no necesité un espejo para mirarme la cara, yo, que no pasaba de ser un pendejo, y que pisaba, receloso, las piedras de Buenos Aires. *De los Apeninos a los Andes*. Y al carajo.

Fui, por años, dirigente sindical de los obreros de la construcción. Joda: los otros son como vos, y te eligen para que pongas la cara por ellos, y vos, que sos uno de ellos, la ponés.

Nunca me sonó bien eso de dirigente sindical de los obreros de la construcción.

No, no me sonó bien.

Pero tenés que poner la jeta. Y la puse.

¿Por qué vos, y no otro?

¿Por qué?

Y, ahora, soy un tipo que se llama Guido Fioravanti, y que los patrones de este desgraciado país, envían, como un saludo, a la bestia de la Romagna.

Ahora, fumo. Es bueno fumar en la oscuridad que huele a hombre solo.

¿Y a qué huele la oscuridad de lo que sea, en la que fuma un hombre solo?

Cuando camino la tabla del andamio; cuando, a veces, miro hacia abajo, tampoco río. La tabla del andamio es blanca. Blanca de cal. Encalada. Y yo la piso, yo, un dirigente de los obreros de la construcción, de los albañiles, de esos hombres que se hacen un gorro con dos puntas, de hojas de diario, y que tampoco miran hacia abajo, hacia las baldosas de las veredas y los adoquines de las calles que, desde arriba, son algo más que el vacío.

Cuando el andamio se afloja, cuando se cortan las sogas y las bridas que sostienen el andamio, y el mundo gira más rápido que cualquier cosa que uno conozca, y ventanas, paredes, roldanas, compañeros de trabajo se esfuman, se angostan, y uno no alcanza a tomarse de lo que sea, la sangre huye del cuerpo, y ya está. Es lo de siempre: quedás tirado sobre las baldosas de la vereda o los adoquines de la calle, y llega la ambulancia, y el médico se inclina sobre vos, y te toma el pulso, pone sus dedos, con la suavidad de un adolescente, aquí y allá, y detrás de la sangre que corre, y dice *quebraduras múltiples* . O dice, sin quitarte los ojos de encima, del cuerpo que cortó el aire durante una eternidad, *no hay nada que se pueda hacer* .

Soy el dirigente de una legión de subrepticios inválidos.

Soy el dirigente de un destacamento de hombres muertos.

Y ése que tiene los huesos rotos soy yo.

Ese que murió, soy yo.

Yo, dirigente sindical de los obreros de la construcción.

Yo, Guido Fioravanti.

¿Qué vieron en mí los lisiados que serán, los muertos de los días que llegan, los albañiles, para elegirme como el hombre que debía ser su voz y sus deseos en las horas de trabajo y en los días salvajes de paro?

Soy igual a cualquiera de ellos, incluidos los que se hundieron en el vacío cuando el andamio o una cornisa desaparecieron debajo de sus pies, y tengo, como cualquiera de ellos, dos brazos, dos piernas, una cabeza, ojos, labios, pelo. Todavía los tengo.

Vos leíste las leyes , dicen.

A vos no te pueden engañar , dicen.

Vos les discutís mano a mano , dicen.

Vos no aflojás , dicen.

Si no vos, ¿quién? , dicen.

Si no soy yo, habrá otro, entre nosotros, al que podamos decirle *es tu turno* . *Y te elegimos* , podemos decirle, *porque sos uno de los nuestros* .

Eso contesto a los miles de bocas negras, a los ojos que no veo, a las cabezas rígidas y a los oídos que me escuchan, allá, abajo, en el calor agrio de las tribunas, y que esperan de mí la promesa de la victoria y el salario de cada día.

¿Y yo? Yo apelo a la escasa, puntual lengua del explotado.

¿Y si les digo *asalten los palacios de los que todo lo tienen* ?

¿Y si les digo *cambien el mundo* ? Sólo van a escuchar *no aflojen* .

Sólo van a escuchar *aguanten* . Eso les digo yo, Guido Fioravanti.

HACERSE LA AMÉRICA

Los paisanos, los tíos, los primos lejanos, los conocidos, los que nacieron con uno en la misma región, en el mismo paisaje, en la misma aldea fundada hace siglos por el paso de las legiones romanas, volvían de *la América* -de la Argentina, ¿comprenden?-, y contaban fábulas nunca oídas antes.

Calles empedradas con lingotes de oro.

Contaban que había más vacas en una sola de las provincias argentinas que en todas las estrechas lenguas de tierra europeas conquistadas por las legiones romanas. Vacas y vacas y vacas.

Y trigo, y más pan del que hubiera podido comer la familia desde los bisabuelos para acá. Había pan en esa tierra, decían, desde la creación del mundo.

Trabajaron, decían, en mercados cuyos dueños eran paisanos. Y pronunciaban las indispensables palabras españolas para pedir y pagar un vaso de vino, el boleto del tranvía, un par de alpargatas.

Guido Fioravanti escuchaba cómo nacía una leyenda en la boca de los viajeros, de los que regresaban para invertir, en la compra de animales y granjas, el dinero ganado después del mar y del horizonte.

País extraño ése, el de los argentinos, sin reyes ni príncipes.

Pero, ¿y los que callaban? ¿Los como lejanos, como distraídos, los que aprendieron que los anteojos no se cotizan en la Bolsa de Comercio?

Coincidían, a veces, los eufóricos y los que callaban.

País de vacas. Muchas. Y de pan. Mucho.

País de estancias, de hombres orgullosos de sus apellidos, y del coraje y de la impunidad que emanaban de sus apellidos como una gracia divina y perpetua.

Un país extraño, que atraía a los ingleses ricos. Habían intentado ocuparlo, los ingleses, a comienzos del siglo XIX, con fusiles y música de gaitas. Y las familias orgullosas de sus apellidos, y sus mujeres, que tomaban mate a las cinco de la tarde, y que, sumisas a los mandatos de Dios, enardecían a sus hombres con docilidades obscenas, y, también, los negros esclavos, combatieron a esos gangosos herejes en la desolación de calles de barro, y casas con paredes de piedra, que recibió, doscientos años y pico atrás, el nombre de Buenos Aires.

Los ingleses aceptaron la derrota y, buenos jugadores de naipes, trazaron vías de trocha angosta y trocha ancha para sus trenes, y construyeron un hospital para reposar de sus fatigas y dolencias, y para los gerentes y capataces que apostaron, en la partida de naipes, a la mano ganadora. Y a los que eran menos ricos, a los que sabían trabajar y callar, y ser ordenados, y recordar cómo era Gales, y cómo su idioma, se les deparó la Patagonia. Otro país, la Patagonia, en el Sur, en el confín del mundo, al que bautizaron, un manchón aquí y otro allá entre la uniformidad silenciosa de lagos, bosques y piedra, con nombres recios y venerables.

-¿Saben qué es un conventillo? -preguntaron los que callaban.

Los otros miraron a los que callaban.

Y uno de los que callaban dijo, sin sonreír:

-Sobran las putas, ahí, en los conventillos.

-Se duerme de a dos o tres por cama... Nunca se enfrían las camas -informaron los que callaban.

Guido Fioravanti, hombre de muchas preguntas, escuchó.

¿Y los domingos?

Los domingos, como en el *paese* : spaghetti y canzonetas. Uno limpiaba la salsa roja de los spaghetti con pan. Allá, en Buenos Aires, lo llaman pan francés. Cruje, la cáscara del pan francés. Y uno toma vino. Y come queso. Los mejores quesos de Italia. Y de Francia. Sobran las vacas, allá, en la pampa de los criollos. Y por las calles de Buenos Aires pasan tamberos, que arrean cuatro o cinco vacas, y tiran de las ubres de las vacas, y te llenan, con leche tibia y espumosa, una jarra o dos. Y pagás una nada.

No se conoce el hambre.

Pronto voy a comprar una casa, allá, con quinta y una higuera.

¿Acá, en la Italia?

Acá, nada más que mujeres... Soy un indiano que está de visita, y al que le gustan las mujeres intrépidas.

América, sépanlo, paisanos, es Argentina.

Argentina es Buenos Aires. Gran país, Buenos Aires.

País de hombres blancos, la Argentina. Decentes. Republicanos, eso sí. Y católicos. Y conservadores todos.

Hay, también, un Hospital Italiano.

Hay, también, un hospital para los judíos. Y un hospital para los alemanes. Y cementerios para italianos, para alemanes, para judíos. Y otro para los criollos muy ricos y muy orgullosos, con monumentos que valen millones de liras. Es como un paseo al que pocos visitan.

No, no conocimos criollos pobres. Los criollos montan a caballo.

No hay italianos pobres -¿somos pobres nosotros, acaso?-, ni alemanes pobres, ni judíos pobres.

Los ingleses nunca fueron pobres. Ni siquiera los pobres.

Y todos, ingleses, criollos, italianos, judíos, españoles, comen asado. Carne a la parrilla. Cruda, la carne. O en una cruz. Y encienden leños, y la asan.

Guido Fioravanti, hombre de muchas preguntas, escuchó: Argentina es joven.

Argentina no tiene recuerdos.

Argentina es rica.

Argentina es interminable



(1) **Hernán Camarero: A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina 1920 935. Siglo XXI Editores. 2007**

[2] al lector interesado en textos con mayor rigor le recomiendo “Ley 4144: ley de residencia extranjera” de Carlos Zamorano o “La estrategia de la clase obrera” de Nicolás Iñigo Carrera a quienes le debo mi aproximación al tema, tanto por sus escritos como por sus pacientes explicaciones personales que han tenido por años conmigo.

Fuente: cronicasdelnuevosiglo.wordpress.com